

bajo mano por los emisarios florentinos. En nombre del futuro Papa prometieron que Montebello y Paliano serían secuestrados por la Cámara Apostólica hasta la resolución del litigio, y que el Papa, en unión con el duque Cosme, se interpondría con Felipe II en favor de los Carafas. Antonio Carafa se dejó ganar y ejerció entonces influencia sobre su hijo Alfonso según la mente de Cosme (1). Con esto quedó logrado un importante éxito para el cardenal Médicis (2).

En la mañana del día de Navidad, Vitelli se armó para dar un nuevo asalto a la firmeza de Alfonso. Esta vez le presentó una carta de recomendación en favor de Médicis, que el duque Cosme había dirigido al cardenal de Nápoles ya dos meses antes; pero Vitelli la había cogido y retenido. En ella el duque recomendaba su candidato con muchos ruegos y promesas, las cuales, sin embargo, no pasaban de generalidades (3). Cuando Vitelli se mostró poco satisfecho con ellas, el enviado de Cosme, Bartolomé Concini, por consejo de Vitelli, apeló al mismo medio que ya antes había ensayado Vargas: a nombre del duque de Florencia, compuso una carta a Vitelli de cuatro páginas (4), en la cual se prometía que todas las posesiones de los Carafas quedarían bajo la administración de la Cámara Apostólica hasta que Felipe II hubiera provisto una compensación correspondiente; y se aseguraba además, que Fabricio di Sangro, conclavista de Carlos Carafa, luego de terminada la elección, iría a Madrid como enviado del nuevo Papa, y trabajaría en interés de los Carafas (5). Que Felipe II había ya dispuesto de Paliano dos meses antes en favor de los Colonnas, no era entonces aún generalmente conocido. Ahora Alfonso se dió por vencido y asintió a la elección de Médicis. Por la tarde del día de Navidad, Vitelli fué a comunicar al cardenal Guisa tan importante nueva. Después de lo cual los jefes de los partidos, Guisa, Este, Sforza, Carlos Carafa y Ale-

(1) Susta, Pius IV, 150. Sebastián Gualterio recibió en 23 de diciembre particulares instrucciones de Vitelli, sobre cómo había de influir en el receloso marqués. Susta, Curia, I, LXXII, nota.

(2) Ya en 2 de diciembre escribía Concini a Cosme: Farnese me fait dire que toute l'affaire de Medici c'est d'arranger celle de don Antonio Carafa, en Petrucelli, 153.

(3) Panvinus, 582.

(4) Ibid.

(5) Susta, Pius IV, 150. Cf. Vargas a Felipe II, en 29 de diciembre de 1559, en Döllinger, Documentos, I, 325. V. también Caro, III, 271.

jandro Farnese, celebraron una reunión y fijaron la elección de Médicis para la mañana siguiente (1).

De todo esto no se dió entero conocimiento a Médicis hasta que su elección quedó virtualmente asegurada. La primera noticia concreta se la llevó Vitelli (2). Pronto fué la nueva conocida también en todo el conclave, y cuando al anochecer el cardenal de Nápoles, acompañado de Vitelli, hizo una visita a Médicis, se desvanecieron las últimas dudas. Entonces se produjo en el conclave un movimiento general. Carpi hizo todavía un conato para reunir votos contra Médicis, pero como no tenía de su parte a ninguno de los jefes de partido, no pudo contar con buen éxito. Al contrario, antes y después de la cena, una larga serie de cardenales se apiñaba en torno de la celda de Médicis, queriendo cada cual hablarle y darle el parabién. Después de Alfonso Carafa fué Vitelli y tuvo una larga conversación con Médicis, en la cual éste expresó el deseo de ver aquella misma noche a Guisa o a Este; dijo que no se entregaría al descanso antes de haber hablado con uno de ellos. Por los mutuos saludos y atenciones tardaban, con todo, más y más en presentarse ambos, lo cual fué muy desagradable para Vitelli y Médicis, porque deseaban que se procediera a la elección en seguida después de la visita de Guisa y Este (3).

Entre tanto, hasta mucho más de media noche varios cardenales continuaban rodeando la celda del elegido. También Panvino anduvo por allí cerca para observar. Como Carlos Carafa incidentalmente hubiese trabado conversación con el famoso erudito, éste se permitió también una palabra, y preguntó a Carafa cuándo se había de celebrar la elección. A la respuesta: mañana tem-

(1) Guidus, 630. Panvinus, 582. Sin dificultad se dió solución a algunas pequeñas cuestiones. A los cardenales Este y Gonzaga se les prometió el capelo para sus sobrinos, Rebiba obtuvo la seguridad de que recaerían en él los espolios de su predecesor en la sede arzobispal, aunque el respectivo breve era de dudosa validez, por estar fechado el día de la muerte de Paulo IV. Susta, Pius IV, 151.

(2) Guidus, 630. Panvinus, 583. Con todo, al confesor de la duquesa de Urbino le dijo Médicis el 23 de diciembre, que él sería elegido, pero que no sabía si era capaz para semejante cargo (Susta, Pius IV, 150, según el Cod. Vat., 7039, *Biblioteca Vaticana*). Sarpi afirmó posteriormente que Médicis había comprado a Alfonso su elección por una gran suma de dinero; y que Antonio Carafa más tarde aun conservaba en su poder un escrito, en que se contenía la promesa sobre eso. Como quiera que sea, este relato manifiesta la importancia real de Alfonso para la elección de Pío IV. Cf. Pallavicini, 19, 2, 3.

(3) Panvinus, 583.

prano, Morone preguntó como maravillado, si realmente se quería esperar tanto. Panvinio contestó que sí, pero añadió cortésmente que no veía por qué no se podía proceder inmediatamente a la elección. Morone fué del mismo parecer y comenzó a exhortar a los cardenales en este sentido. Todos asintieron a él, sólo Carafa tenía reparos, porque muchos cardenales se habrían ya ido a descansar (1). A pesar de esto, se envió a llamar a Guisa, Sforza y Este para poner en su conocimiento los deseos de unos doce electores reunidos junto a la celda de Médicis. Guisa llegó ya presto con Vitelli y entró en la celda de Médicis para una breve conversación. Entre tanto, se presentaron también Sforza, Farnese, al cual había despertado del sueño Panvinio, Este y otros. Muchos se habían ya reunido en la capilla de las elecciones; Madruzzo, que padecía mucho de gota, se hizo llevar a ella en una silla. Luego fué allí conducido Médicis por Alfonso Carafa y Este. Delante del altar se había levantado el trono pontificio, y todos los cardenales, aun Médicis, tomaron asiento en el orden acostumbrado. Los conclavistas penetraron y fueron tolerados a ruegos de Panvinio (2). Entonces se levantó el representante del decano, Tournón, y declaró que elegía Papa a Médicis. Los demás hicieron la misma declaración (3). Luego el electo fué elevado al trono y, con gran alegría de todos, se le prestó la acostumbrada adoración; hasta los cardenales enfermos se hicieron llevar allá para tomar parte en ella (4).

Cuando Carlos Carafa hacía su homenaje, rogó al Papa que perdonara al pueblo romano cuanto había hecho contra Paulo IV y la casa Carafa; agregó que también él mismo quería perdonar y olvidar todas aquellas cosas. Al principio el Papa rehusó decididamente acceder a esta petición, pues, según dijo, debía dar un ejemplo de severidad. Sólo cuando Sforza y Farnese apoyaron a Carafa impetuosamente cedió, haciendo notar que perdonaría en

(1) Ibid., 584; cf. Guidus, 630. Bondonus, 530: *Et cum omnes certatim properarent in congratulando, illustrissimus cardinalis Carafa opposuit se ante portam camerae cardinalis de Medicis omnibus venientibus, eosque rogans ne ad praefatum Illustrissimum accederent, et eum sinerent quiescere, et quod in mane sequenti tempus erit ad hoc faciendum.*

(2) Panvinus, 584.

(3) Bondonus tuvo que anotar y contar los votos dados verbalmente. Bondonus, 530.

(4) Panvinus, 585.

gracia de Carafa, pero que se debían, no obstante, resarcir los perjuicios inferidos (1). Por el contrario, rehusó constantemente conceder a Pompeyo Colonna, que había dado muerte a su suegra, el indulto solicitado por Sforza; dijo que la absolución de un asesino de parientes no debía ser el primer acto de su pontificado (2).

Después de la adoración, el nuevo elegido, a la pregunta de Este y de otros, declaró que se quería llamar Pío, porque deseaba ser lo que el nombre significaba. Entre tanto, se rompieron las puertas del conclave, y la noticia de la elección efectuada se esparció por la ciudad. A la mañana siguiente (26 de diciembre) la elección se confirmó en la forma acostumbrada de la votación y el electo fué llevado a la iglesia de S. Pedro, donde los cardenales le adoraron de nuevo. Después fué a tomar posesión del Vaticano entre tan fuertes gritos de alegría del pueblo, que, como escribe Panvinio, apenas se oían los estampidos de los cañones que tronaban para solemnizar el día (3).

Para Vargas la elección tuvo un epílogo desagradable. Felipe II no quedó contento con el proceder excesivamente celoso de su embajador y con los medios a que había apelado. El 8 de enero de 1560, antes de que se conociera en España el fin del conclave, el rey dió a Francisco de Mendoza el encargo de dirigirse a Roma para instar a los cardenales a que aceleraran la elección, y le entregó una carta para Vargas. Poco antes de la salida de Mendoza, precisamente el 8 de enero de 1560 (4), llegó la noticia de la elección de Pío IV, y quedó sin efecto la partida de Mendoza. El documento destinado a Vargas fué, con todo, enviado a Roma (5).

En este importante escrito (6) deplora el rey ante todo, que a pesar de la situación apurada de la cristiandad, no se hubiera todavía efectuado la elección de un buen Papa. Dice que esto le apena profundamente, y que lamenta que las pasiones e inclinaciones personales de los cardenales traigan en pos de sí tan malas

(1) Ibid. Guidus, 631. *Con questo il Carafa tornerà in gratia de' Romani*, escribe Bart. Ferentillo a Alberico Cibo-Malaspina, en 2 de enero de 1560. *Archivio storico Lombardo*, Ser. 3, ann. 23 (1896), 161.

(2) Guidus, 631. Ferentillo, loc. cit. *Questi primi saggi*, observa Ferentillo, dan speranza, che Dio... ci habbi dato un buon papa.

(3) Panvinus, 586.

(4) Carta del embajador veneciano Pablo Tiépolo, fechada en Toledo, a 30 de enero de 1560, en Brown, VII, n. 127, pág. 148.

(5) Müller, 204. *Susta*, Pius IV, 142.

(6) Hinojosa, 101 ss. Müller, 204 ss. Herre, 57 ss.

consecuencias. Pero que para oponerse a tales desórdenes no se debía haber acudido a larguezas pecuniarias, como lo habían hecho Vargas y el virrey de Nápoles, ni tampoco se podía justificar la promesa de una compensación por Paliano (1). Que en lo futuro Vargas no debía más echar mano de tales medios, antes bien se sirviese de aquellos que se pueden emplear de un modo lícito sin poner en riesgo su buena fama. Que si Carafa no estaba contento con las promesas generales que se podían dar sin gravamen de la conciencia, el embajador no debía hacer otras promesas en nombre del rey. Que Dios que conoce la intención del monarca y es Señor de las cosas, mostrará un camino por el cual se pueda salir de este negocio del modo conducente a su servicio. Además reprende don Felipe, que Vargas se hubiese declarado públicamente contra Gonzaga, y por ello hubiese hecho al rey odioso a los príncipes italianos. Deplora la división del partido español y que los cardenales hubieran sido tan imprudentes que dijeran sin rebozo que esperaban el correo real y la resolución del rey. Finalmente don Felipe manifiesta el temor de que el mundo le atribuya la culpa en la dilación de la elección; y declara que con todo él no quería absolutamente que por causa de sus fines particulares la Iglesia careciera todavía más tiempo de un supremo jerarca. Añade que sin excluir ni nombrar a una persona, el embajador rogase, exhortase e instase a los cardenales en nombre del rey, a que eligiesen ahora sin dilación un buen Papa, como la Iglesia lo necesitaba y como era necesario para tan alto cargo. Que si obraban de esta suerte, el rey les sería propicio, los honraría y favorecería como a personas que hacen lo que de ellos exige el servicio de Dios y del rey. Pero que en el caso contrario, el rey habría de proceder respecto de ellos de otra manera que él deseaba.

En las instrucciones dadas al mismo tiempo para Francisco de Mendoza (2), las cuales, no obstante, no llegaron a tener vigor por haberse ya ejecutado la elección, dice el rey que desea ciertamente la exclusión de Gonzaga; pero que si no se puede obtener, debe Vargas preferir el interés general al particular. Una conce-

(1) Del «capítulo» que a principios de diciembre había escrito Vargas a nombre del rey (arriba, pág. 76), nada sabía aún Felipe II. Por tanto, hálase aquí de la promesa anterior, hecha en la segunda mitad de noviembre (arriba, pág. 69).

(2) V. Müller, 206 s.

sión de tanta importancia manifiesta que don Felipe tomaba en serio su reiterada aseveración de que en la elección del Papa tenía ante todo presente el bien de la Iglesia.

Vargas contestó al escrito del rey con una larga defensa (1), expuesta en tono bastante lleno de propia satisfacción; pues al fin la elección se había decidido según su intento en favor de un cardenal del partido español. Pero si esperaba haberse creado con ello la base de una brillante carrera, había de quedar engañado. Se había recomendado poco a su rey por la extralimitación de sus instrucciones y la escasa inteligencia de sus designios. Pío IV se enojó mucho cuando Vargas le comunicó el 29 de diciembre la promesa que había hecho al cardenal Carafa, sin poderes de su rey, en nombre del mismo (2). También por otros conceptos el excesivo celo que mostró Vargas durante el conclave, le suscitó muchos enemigos. Su posición como embajador en Roma fué por ello desde el principio muy difícil.

(1) *Impresa* en Döllinger, *Documentos*, I, 329-335. Cf. *Susta*, Pius IV, 142.

(2) Vargas a Felipe II, en 29 de diciembre de 1559, en Döllinger, I, 325. Vargas respondió al pontífice indignado, que sin aquel engaño Pío no fuera Papa.